

Nietzsche y Freud ante el problema de la verdad*



LEANDRO DRIVET**

Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná, Argentina

Nietzsche y Freud ante el problema de la verdad

Nietzsche and Freud and the Problem of the Truth

Nietzsche et Freud face à la question de la vérité

Este trabajo se propone reflexionar acerca del problema de la verdad en las obras de Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud, a las que se considera estrechamente vinculadas. Esta perspectiva permitirá identificar el carácter específico de la “verdad”, cuyos vestigios detectaron ambos “psicólogos” transvaloradores; apreciar la doble valoración nietzscheana de la verdad, usualmente reducida a un rechazo unilateral; y repensar la pretensión de cientificidad del psicoanálisis, actualmente despreciada en nombre de una sospechosa reivindicación anticientífica. Se concluye con el postulado de que Nietzsche y Freud conciben a la verdad como una lucha contra las resistencias, lo que les conduce a fundar una nueva escucha.

Palabras clave: ciencia, escucha, razón, saber, veracidad.

This work reflects on the problem of the truth in the works of Friedrich Nietzsche and Sigmund Freud, which are closely connected. This perspective identifies the specific character of the “truth”, whose vestiges were detected by both “transvaluator” psychologists; looks at the Nietzschean double valuation of the truth, usually reduced to a unilateral rejection; and rethinks the pretension of scientificity of psychoanalysis, today looked down upon in the name of a suspicious antiscientific vindication. The article concludes with the postulate that Nietzsche and Freud conceive truth as a fight against resistance, which leads them to found a new way of listening.

Keywords: science, listening, reason, knowledge, veracity.

Le travail explore la question de la vérité tel quel est abordée aux œuvres, en rapport très étroit, de Friedrich Nietzsche et de Sigmund Freud. De cette façon il devient possible d’identifier le caractère spécifique de la «vérité» dont les vestiges ont été détectés par ces deux «psychologues transvaluateurs», de même qu’apprécier la double évaluation nietzschéenne de la vérité, souvent limitée à un rejet imposé de façon unilatéral, et de repenser les prétentions de scientificité de la psychanalyse, discrédités aujourd’hui au nom d’une revendication anti-scientifique soupçonnable. Il est conclu qu’autant Nietzsche que Freud conçoivent la vérité comme une lutte contre les résistances, ce qui les conduit à fonder une nouvelle écoute.

Mots-clés: science, écoute, raison, savoir, véracité.



CÓMO CITAR: Drivet, Leandro. “Nietzsche y Freud ante el problema de la verdad”. *Desde el Jardín de Freud* 16 (2016): 255-269, doi: 10.15446/dfj.n16.58168.

* El presente artículo se redactó en el marco del trabajo del autor en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

** e-mail: leandrodrivet@yahoo.com.ar

© Obra plástica: Óscar Muñoz

“La valentía de no retener ninguna pregunta en el corazón es lo que constituye al filósofo. Este ha de parecerse al Edipo de Sófocles, que, buscando claridad acerca de su propio destino terrible, sigue indagando sin tregua, incluso cuando ya presiente que de las respuestas saldrá lo más estremecedor para él”.

SCHOPENHAUER A GOETHE

Propongo que nos situemos en el espacio del diálogo posible que se abre al considerar la extraña pareja que componen Nietzsche y Freud¹. Sin necesidad de equiparlos, es posible filiarlos como hijos putativos de Schopenhauer, e incluso es preciso reconocer que ambos exigen ser pensados como “psicólogos transvaloradores” o “metapsicólogos². Esta perspectiva permitirá conceptualizar aquí el carácter específico de la “verdad” cuyos vestigios detectaron Nietzsche y Freud, y así poder apreciar la doble valoración nietzscheana de la verdad, y repensar la pretensión de cientificidad del psicoanálisis. Este abordaje será capaz de demostrar que es posible extraer de los pensadores aquí sometidos a análisis una crítica de la razón que sea posible ampliarse, pero que, de ninguna manera, conduce a una entrega definitiva de las conquistas de la ciencia a los seductores cantos de sirenas del asalto a la razón.

1. Para una profundización de los vínculos biográficos y conceptuales que existen entre uno y otro, cfr. Leandro Drivet, “Freud como Lector de Nietzsche. La Influencia de Nietzsche en la Obra de Freud”, *Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas* 29 (2015): en prensa.
2. Una justificación de esta lectura, cfr. Leandro Drivet, “Nietzsche, ¿el primer psicoanalista?”, artículo en evaluación, inédito.
3. Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia, o Grecia y el pesimismo* (Madrid: Alianza, 1994). El título se modificó en la tercera edición, de 1886.

VERDAD ODIADA, VERDAD AMADA

En principio, es lícito extraer de Nietzsche una impugnación de la verdad y del conocimiento científico, racional-consciente. En 1872 aparece *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*³, obra en la que la verdad es trágica, terrible, criminal. Solo es posible aproximarse a ella por la vía de la estética dionisiaca. En la procesión del baile y canto del coro de los sátiros, el hombre echa una mirada al uno primordial y reacciona ante el horror y el éxtasis produciendo imágenes. El velo de la ilusión hace posible la vida y la acción: la mirada que accede a la verdad desnuda alcanza con ella la muerte. La tragedia que advierte y experimenta consiste en que la autorreflexión y la identidad no pueden coincidir simultáneamente de modo estable por mucho tiempo.

Paradójicamente, la autorreflexión parece ser el único conocimiento posible, y ese conocimiento, del que en opinión de Habermas⁴ Nietzsche no es autoconsciente, nos llevará a la muerte. Como un Descartes invertido, Nietzsche comprueba que no se sobrevive, por lo general, a la supresión de la distancia entre nosotros y la realidad irrepresentable de la verdad terrible: allí donde el sujeto piensa, no es. Conocerse a sí mismo no es solo difícil, sino imposible: el hombre no podría vivir conociéndose perfectamente⁵. Esto no impedirá que Nietzsche, como Hamlet, como Edipo, como el filósofo schopenhaueriano, se afane en la búsqueda de una verdad imposible. La verdad trágica se convertirá más tarde en una verdad transvaloradora, conservando su carácter transfigurador. En *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, de 1873, la verdad es una ilusión de la arrogancia humana⁶. El problema de la verdad comienza como una crítica del antropocentrismo y del narcisismo, historia en la cual, sin mencionar a Nietzsche, se inscribirá Freud⁷ tras Copérnico y Darwin. El punto de partida es una crítica del querer la conservación o el estancamiento en la autocomplacencia narcisista.

Nietzsche aborda los problemas filosóficos desde una perspectiva psicológica, y se transforma en el primer filósofo que es psicólogo en tanto filósofo. Anota en sus cuadernos: “¡El error, padre de lo viviente!”⁸, y parece sugerir, por contraposición, que es la verdad la madre de la muerte. “Verdad” que por otro lado no puede ni quiere dejar de buscar: rechaza y desea ese imposible. La *pretensión* de Nietzsche, su programa filosófico, es que el *valor* de la verdad se convierta en un problema.

La verdad que Nietzsche detesta es otro nombre de Dios. Es la verdad que pesa, cierra, tranquiliza o atemoriza para paralizar, subordina, jerarquiza, ordena, recentra, autocentra, sistematiza, equilibra y repite, conserva —intenta conservar—, y a menudo mortifica y mata. La verdad divina es la que cae con el horizonte ontoteológico platónico y cristiano cuando Nietzsche declara y celebra “la muerte de Dios”⁹. El horizonte borrado con dicha muerte, que en “El hombre loco”¹⁰ se simboliza y describe con las imágenes de la Tierra, el Sol y el Mar, podría indicar el ocaso de tres imágenes con las que Platón representa el Bien, la Verdad, y el Ser¹¹. Con la idea de una justificación estética de la existencia, Nietzsche busca una alternativa a la metafísica —platónica y cristiana—, que siempre ha buscado la seguridad de estructuras esenciales en un “mundo verdadero”; *pretendido* mundo verdadero que siempre se convierte en imperativo o en reproche, y que Nietzsche desnudará como fábula¹². Como breve digresión que anticipa algo de lo que desarrollaremos más adelante, podemos indicar que en la obra de Sigmund Freud se encuentra una impugnación análoga de la verdad como dogma, bajo la forma del análisis genealógico de diferentes dimensiones de la moral convencional: rechazo al Padre-Dios, a la crueldad del mandato superyoico, al silencio y la pecaminosidad impuestos sobre la sexualidad. Pero no perdamos de

4. Jürgen Habermas, *Conocimiento e interés* (Madrid: Taurus, 1990).
5. Leo Strauss, “Apuntes sobre *Más allá del bien y del mal*”, *Cuaderno Gris. Época III* 5 (2001): 73-89.
6. Friedrich Nietzsche, “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”, en Lucía Piossek Prebisch, *El “Filósofo Topo”. Sobre Nietzsche y el lenguaje* (Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras - UNT, 2005), 157-176.
7. Sigmund Freud, “Una dificultad del psicoanálisis” (1917 [1916]), en *Obras completas*, vol. XVII (Buenos Aires: Amorrortu, 1999), 125-136.
8. Friedrich Nietzsche, *Fragmentos póstumos* (1875-1882), vol. II (Madrid: Tecnos, 2008), 818.
9. Friedrich Nietzsche, “Nuevas luchas”, en *La ciencia jovial [La gaya scienza]* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2001), 108, 201.
10. Friedrich Nietzsche, “El hombre loco”, en *La ciencia jovial [La gaya scienza]* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2001), 125, 218-220.
11. Germán Cano, “Descensus ad ínferos. El inicio de la transvaloración de la moral en Aurora”, en Friedrich Nietzsche, *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2000), 16-19.
12. Friedrich Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos* (Madrid: Alianza, 2007), 57-58.

vista a Nietzsche aún: el rechazo de la verdad-divina suele ser una fuente recurrida y abusada para extraer de ella las más esquemáticas consecuencias.

Hay otras caras de la verdad en Nietzsche —que también nos acercarán a Freud—. La faz, por ejemplo, de una verdad *amada*, de un amor por la verdad que, acaso como todo amor, alivia, descentra, abre, desgarrar, angustia, desidentifica, moviliza, desequilibra, transvalora, crea: intensifica, vitaliza, aunque en ocasiones consume y consume a su antorcha. Es la verdad entendida como veracidad radical. Una sinceridad inédita, incomparable con el culto unánime y tácito de la sinceridad como virtud; una sinceridad *terrible* que rompe los sistemas, las construcciones, que subvierte las visiones y los símbolos de mundo que se vuelven rígidos y unívocos. Si no consideramos esta concepción de la verdad, quedamos perplejos ante una aparente incompatibilidad con el anterior rechazo nietzscheano de la verdad divina en frases como la siguiente:

¿Cuánta verdad *soporta*, cuánta verdad osa un espíritu?, esto fue convirtiéndose cada vez más, para mí, en la auténtica unidad de medida. El error (el creer en el ideal) no es ceguera, el error es cobardía [...] *Nitimus in vetitum* [Nos lanzamos hacia lo prohibido]: bajo este signo vencerá un día mi filosofía, pues hasta ahora lo único que se ha prohibido siempre, por principio, ha sido la verdad.¹³

Si no quisiéramos oír en Nietzsche más que la imposibilidad del conocimiento, es decir, si no consideráramos la valoración de un saber prohibido, no podríamos entender por qué afirmaba que “las convicciones son enemigas de la verdad más peligrosas que la mentira”¹⁴, y no se entendería, junto a la crítica de la ciencia como el más desarrollado exponente del ideal ascético que se lee en *La genealogía de la moral*, el alegato en favor de la ciencia que se encuentra en *El anticristo* —y que podría leerse como epígrafe de *El porvenir de una ilusión*—:

¿Se ha entendido de verdad la famosa historia que está al comienzo de la Biblia?, —¿acerca de la angustia infernal de Dios frente a la ciencia? [...] la ciencia hace *iguales a Dios*, — ¡Se han terminado los sacerdotes y los dioses si el hombre se vuelve científico! — *Moraleja*: la ciencia es lo prohibido en sí, — ella es lo único prohibido. La ciencia es el *primer* pecado, el germen de todo pecado, el pecado *original*. *La moral no es más que esto*. — “No conocerás”: — el resto se sigue de ahí.¹⁵

13. Friedrich Nietzsche, *Ecce homo*. *Cómo se llega a ser lo que se es* (Madrid: Alianza, 2003), 19.

14. Friedrich Nietzsche, *Humano, demasiado humano I* (Madrid: Akal, 2007), 235, 483.

15. Friedrich Nietzsche, *El anticristo* (Madrid: Alianza, 2008), 48, 92-93.

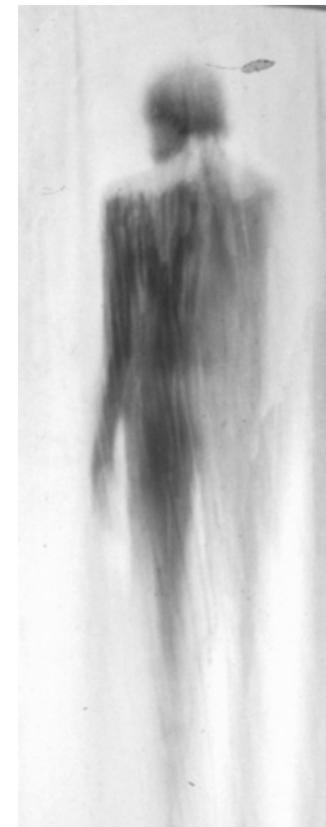
Las contradicciones no deberían ocultar que hay una continuidad en Nietzsche, que va de *El nacimiento de la tragedia* a *Ecce homo*. Si, por un lado, descreo del conocimiento eterno que se pretende independiente de las perspectivas, por otro no deja de trabajar para mostrar que hay perspectivas —divinizantes, pero al alcance

del humano— que se han convertido en prohibidas, en intolerables, y que por eso deben ser *sentidas*. Su programa consiste, sin interrupciones, en derruir por diferentes medios el principio de individuación. Si al principio de la obra nietzscheana fue el éxtasis estético —musical, sexual— el que nos permitía deshacernos de las prótesis yoicas, luego será la química de los conceptos, el trabajo del psicólogo, el que ataque el cilicio del ensimismamiento. Se trata de romper el fanatismo del yo, pues Nietzsche está convencido de que los hombres mienten para proteger su autoimagen. El amor nietzscheano por la verdad se manifiesta como una intolerancia hacia la hipocresía, especialmente a aquella hipocresía que será objeto del psicoanálisis: la de la *resistencia* a la verdad. Nietzsche lo expresó en un fragmento que luego impresionaría a Freud: “Yo he hecho eso’, dice mi memoria. Yo no puedo haber hecho eso, dice mi orgullo y permanece inflexible. Al final la memoria cede”¹⁶.

A Freud siempre le interesó más la verdad que el arte, y se preocupó fundamentalmente por desmontar la voluntad adulta de huir de la realidad que se expresa, también, bajo la forma del arte —aunque es en la literatura donde encontraría la expresión de una verdad subjetiva—. Mientras que el joven Nietzsche busca en el arte la justificación de la existencia, “Para Freud —como sintetiza Peter Gay— las artes son un narcótico cultural, pero sin el gran precio que hay que pagar por las otras drogas”¹⁷. Antes de desacreditar la mirada freudiana etiquetándola por ser reacia a la estética —una concepción “socrática” de la existencia, en términos del Nietzsche de Basilea—, cabría pensar en el valor de su advertencia sobre el poder de la ideología en tiempos de la industria del entretenimiento y del tiempo libre, en los que la posibilidad de diferenciar lo virtual de lo real es cada vez más dificultosa. La diferencia de carácter entre el germano dionisíaco y el vienés apolíneo no debe hacernos perder de vista que la columna vertebral que conecta la filosofía nietzscheana con la creación freudiana es que ambas corrientes teóricas pueden ser consideradas como pensamientos receptivos de una materialidad inconsciente hasta entonces inaudible que, si no habla, se hace decir. No se trata para ninguno de los dos de lograr un feliz acuerdo entre el decir y el creer que definía la virtud para la filosofía y la psicología de la consciencia; por ello, no propugnan una moral del decir voluntariamente lo que se piensa conscientemente. Más bien cultivan una nueva escucha, que no solo “tolera” sino que habrá que admitir las manifestaciones fulgurantes del inconsciente como constitutivas de lo que somos.

“VERACIDAD”: HUMILLACIÓN NARCISÍSTICA Y CRÍTICA DEL FANATISMO

Nietzsche lanza la sospecha: “Quizá nadie haya sido aún suficientemente veraz acerca de lo que es ‘veracidad’”¹⁸. La causa de ese déficit de sinceridad se explica en el título



16. Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro* (México: Alianza, 1992), 68, 92.

17. Peter Gay, *Freud: una vida de nuestro tiempo* (Barcelona: Paidós, 2010), 367.

18. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*, 177, 111.

provisorio, luego abandonado, de un fragmento que afirmaba: “La sinceridad conduce a la horca”¹⁹. La sinceridad radical suspende el “contrato social” basado en el arte de la simulación, y se opone en el pensamiento de Nietzsche a la virtud convencional de la “sinceridad” de las “buenas conciencias”: “*El que es ‘sincero’*. Probablemente ese hombre actúa siempre por razones ocultas: él tiene siempre en la punta de la lengua razones comunicables y abriendo prácticamente la mano”²⁰. Nietzsche y Freud son pensadores inmorales puesto que se proponen de modo permanente demoler los presupuestos del saber y del hacer que, irreflexivamente o por la vía de la “racionalización” siempre dispuesta, la moral convencional considera correctos.

El fanatismo es la muerte de la duda: implica una detención del pensar, un dejarse llevar por el dogmatismo de lo dominante acaso más que un programa consciente que se lleva puntillosamente a cabo. Los hombres de fe, los creyentes, los dogmáticos, los fanáticos son para Nietzsche la figura contrapuesta a los espíritus libres²¹. Lo que diferencia a unos de otros es la honestidad, y esta requiere ante todo del coraje y de la fuerza. De lo que se trata es de ser sensible a la escucha de la verdad que resquebraja la imagen complaciente de uno mismo. De aquí que la fe sea una necesidad propia de la debilidad: incluso una agresiva reacción ante lo que suscita la percepción interior de la debilidad. Los creyentes son dependientes y quieren alienarse. Los hombres débiles de voluntad solo prosperan, cree Nietzsche, bajo la *esclavitud*, y se refiere con ese término a la necesidad de la mayoría de un regulativo que desde fuera los ate y los fije, los dirija y los organice: una función equivalente a la del líder de la masa artificial freudiana²². Esta necesidad es la antítesis del hombre veraz, del espíritu fuerte: “El creyente no es libre de tener conciencia para la cuestión de lo ‘verdadero’ y lo ‘no verdadero’: ser honesto en ese punto sería inmediatamente su ruina”²³. La verdad es un *querer saber* incluso aquello que conduce al deseoso de conocer a la ruina; su opuesto es la resistencia, que el taller de valores de la moral convencional llama “fe”: y “‘Fe’ significa no-querer-saber lo que es verdadero”²⁴. La fuerza y el coraje no están al servicio de la obstinación necia, perezosa o temerosa en una posición, ni de la resistencia inconsciente, sino que son atributos que se combinan con la flexibilidad y la frescura del movimiento²⁵. Si bien para Nietzsche “[...] todo lo incondicional pertenece a la patología”²⁶, puesto que la incondicionalidad es casi siempre rigidez, hay una incondicionalidad, una única tal vez, que expresa y vive: “la libertad incondicional frente a sí mismo [...]”²⁷. Esto le permite ofrecer “una reflexión sobre el dolor que se emancipa de toda tutela o narcosis moral a fin de servir al nuevo saber: la honradez como ‘pasión del conocimiento’”²⁸.

Nietzsche llama la atención sobre la clave de que “[...] ni entre las virtudes cristianas ni entre las socráticas figura la honestidad; ésta es una de las virtudes más

19. Nietzsche, *Humano, demasiado humano I*, 65, 79, nota al pie n.º 42.

20. Nietzsche, *La ciencia jovial [La gaya scienza]*, 194, 249.

21. Nietzsche, *El anticristo*, 54.

22. Cfr. Sigmund Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2006), 63-135.

23. Nietzsche, *El anticristo*, 54, 104.

24. *Ibíd.*, 52, 100.

25. Cfr. Friedrich Nietzsche, *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2000), 295, 562. En especial donde Nietzsche contrapone las “almas sedentarias” a las “almas libres”.

26. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*, 107, 154.

27. Nietzsche, *El anticristo*, 30.

28. Cano, “Descensus ad inferos. El inicio de la transvaloración de la moral en *Aurora*”, 14.

jóvenes”²⁹. La “psicología” transvaloradora de Nietzsche consiste, en la medida en que pueden destacarse rasgos generales y más o menos constantes, en provocar o reconocer la sinceridad, ejercicio sutil, doloroso y a la vez placentero, elevador tanto como humillante, y por sobre todo interminable, puesto que “Allí donde residen nuestros defectos se alzan nuestros fanatismos”³⁰. Mientras que el fanático insiste y resiste en su certeza, que lo condena a comportamientos estereotipados y previsibles —en este sentido, el neurótico es presa de su fanatismo inconsciente—, el espíritu libre desconfía de quien se inmola por una “verdad” positiva. Pero Nietzsche se diferencia del escepticismo. Debemos insistir en el señalamiento de la libido epistemofílica en el pensador sobre el cual, a juicio de Habermas³¹, ha brotado la reacción anticientífica en el siglo XX, puesto que la represión de esa pasión impide escuchar palabras como las siguientes: “Morir por la ‘verdad’”. No nos dejaríamos quemar por nuestras opiniones: no estamos tan seguros de ellas. Pero sí quizá por poder tener y poder alterar nuestras opiniones”³².

En *La ciencia jovial*³³, nuestro filósofo había advertido que solo en una sociedad dominada por el instinto de rebaño se honra a quien permanece fiel a sí mismo, invariante; la lealtad a una identidad inmóvil garantiza la reputación porque nos asegura ante los ojos de los otros como instrumentos previsibles y dispuestos, pero en tanto niega la singularidad perjudica como ninguna otra cosa al conocimiento. El conocimiento, para Nietzsche, solo es deseable y vivificante en tanto conocimiento de uno mismo, y esa intensificación y sublimación de la existencia no excluyen la profundización del dolor. La aceptación jovial de esa ambivalencia de una vida que se eleva es lo que abre a la autenticidad. Ser uno mismo —lo que no significa una clausura en la mismidad— significa ser honesto consigo mismo, recorrer el camino que nos lleva desde una dependencia veneradora e infantil hacia nuestro propio e inalcanzable ideal³⁴.

La verdad es una fuerza antinarcisística que decreta la imposibilidad de lo que es. Dado que atenta contra el propio ser, hay, cree Nietzsche³⁵, una gota de crueldad en todo querer-conocer. Bajo el criterio de una veracidad radical es que Nietzsche juzga a los hombres y en especial a los filósofos: “Lo que nos incita a mirar a todos los filósofos con una mirada a medias desconfiada y a medias sarcástica [...] [es] el hecho de que no se comporten con suficiente honestidad”³⁶. Los filósofos son patrocinadores de sus prejuicios, a los que bautizan con el nombre de “verdades”. Por el contrario, los espíritus libres, *muy libres*, se caracterizan por una “desenfrenada honestidad”³⁷.

Ahora bien, ese desenfreno es cruel, e incluso trágico, puesto que la estructura de la verdad lo es. Nietzsche lo supo, y siguió indagando hasta hallar el destino más estremecedor para él. Destino que, como enseñó Freud, no es otra cosa que el cumplimiento de un deseo. En el fragmento 41 de *Más allá del bien y del mal*, como

29. Nietzsche, *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales*, 256, 456.

30. *Ibíd.*, 233, 377.

31. Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, 109-134.

32. Nietzsche, *Humano, demasiado humano II*, 217, 333.

33. Nietzsche, *La ciencia jovial [La gaya scienza]*, 296.

34. Strauss, “Apuntes sobre *Más allá del bien y del mal*”, 73-89.

35. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*, 229.

36. *Ibíd.*, 5, 25.

37. *Ibíd.*, 230, 178-180.

una suerte de síntesis de algunas de las más profundas enseñanzas de Zaratustra, se exponen los peligros ante los que los espíritus libres suelen claudicar³⁸. Nietzsche señala los riesgos del temor a lo desconocido; los riesgos del amor romántico y doméstico, y del cuidado familiar, que parasitan el desarrollo del espíritu libre. Apunta al peligro del nacionalismo, especialmente de una patria perdida. Destaca, como Zaratustra, el peligro de la compasión. No elude el peligro de la ciencia, que si exige exclusividad terminará por empequeñecernos, aunque parezca reservada a nosotros. Quizá esta haya sido en algún momento la tentación de Freud. Luego, las tentaciones del propio Nietzsche, casi una confesión: el peligro de quedar adheridos al propio desasimiento, y el riesgo de la excesiva prodigalidad —Zaratustra enfrentó el segundo—. Peligro del que vuela, dice Nietzsche, que voló, como el hijo de Ícaro, por el camino del sincero desasimiento hasta la más absoluta y (auto)destructora soledad³⁹: la soledad que hizo posible que hasta hoy nos siga acompañando.

Sus enormes esfuerzos en la penetración psicológica aguardaban más: en efecto, quien gustaba autodefinirse como el *psicólogo por la transvaloración de todos los valores*, a sabiendas de que era un escritor póstumo, esperaba la llegada de un médico del espíritu. “¿Dónde se encuentran los nuevos médicos del alma?”⁴⁰, preguntaba, convencido de que la enfermedad más grave padecida por los seres humanos procede de la lucha incorrecta contra las enfermedades, pues las presuntas medicinas han ocasionado, a la larga, consecuencias peores que las que trataban, en vano, de curar. Nietzsche pregunta dónde está el que va a tomarse en serio el antídoto contra los dolores anímicos, a diferencia de los sacerdotes que hieren e infectan para curar. Quizá esta pregunta de tonos proféticos tuviera su exitoso efecto performativo en un joven vienés quien, ya desde su adolescencia, junto a sus amigos de la *Lesenverein*, había conocido la escritura de Nietzsche, e intentaría forjarse como uno de aquellos soñados médicos del alma.

38. *Ibíd.*, 41, 66.

39. Marthe Robert pregunta, pensando en Freud: “¿Es para escapar a su soledad que muchos intentan una reconciliación con unas verdades, en las que Freud no hubiera visto más que un deseo infantil, una ilusión o, en el mejor de los casos, un salto prematuro del pensamiento?”, en Marthe Robert, *Acerca de Kafka. Acerca de Freud* (Barcelona: Anagrama, 1980), 86.

40. Nietzsche, *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales*, 52, 93. La cursiva es mía.

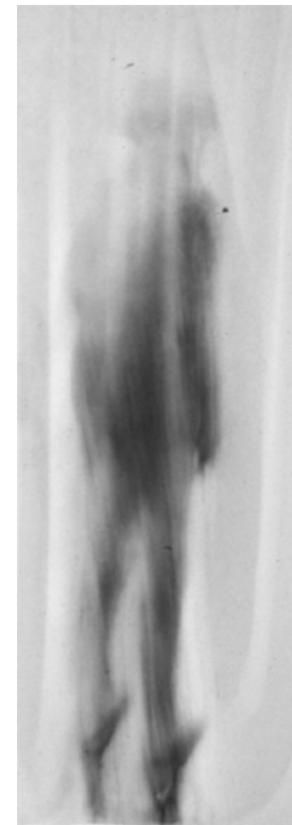
CONTRA EL “MONOTEÍSMO” CIENTÍFICO

La revolución de los espíritus libres consiste en sustituir la *moralidad*, entendida como *renuncia a uno mismo*, por la *veracidad*. Freud dirá que el psicoanálisis pretende sustituir los resultados de la represión por los de una vida práctica que no sacrifique los propios deseos en nombre de una moralidad convencional. A ningún otro pensamiento que al de Nietzsche puede asociarse con mayor legitimidad y rigor la obra de aquel. Pero en ella la voluntad de verdad no vacila en buscar la forma del *pensar científico*.

El proyecto ilustrado de Freud que implica una defensa amplia, sostenida y metódica del psicoanálisis como ciencia, significa ante todo que no es ni arte ni

filosofía y, sobre todo, que no es una religión. La marca del Humanismo en la formación infantojuvenil de Freud, así como su descubrimiento del inconsciente —que rompería los moldes del Humanismo—, impiden considerarlo unilateralmente como un positivista. No hay que suponer que lo que Freud llama “pensar científico” equivale a la hoy dominante ciencia positivista. Esta ha sido definida precisamente como la ausencia de reflexión. El pensar científico de Freud tampoco se iguala a la “ciencia jovial” de Nietzsche, aunque tenga con ella afinidades evidentes, puesto que a ambos les preocupa menos la defensa de alguna verdad positiva —siempre tentativa y circunstancial— que combatir las tendencias al desconocimiento o autoengaño⁴¹. ¿Pero hasta dónde esto es posible? Como documenta la *Real Academia Española* para el caso de la lengua castellana, la sinceridad tiene que ver con la pureza, con la ausencia de fingimiento, con lo veraz y sin doblez en las palabras y acciones. Dentro de la bibliografía psicoanalítica, Anzieu⁴² sostiene que en *Psicopatología de la vida cotidiana* se observa que el ejercicio del psicoanálisis torna incapaz de disimulo a aquel que lo practica. Pero es Freud quien demuestra, con la sistematicidad que falta en Nietzsche, que el doblez, lo impuro y el fingimiento son inescindibles de la comunicación, por no decir del lenguaje. Si hay un saber en el psicoanálisis, es el que advierte la imposibilidad de la transparencia y la totalización del sentido.

La teorización sobre esta dimensión del lenguaje es lo que distingue la aventura freudiana, y lo que la diferencia de la ciencia existente hasta el momento. Empero, esa diferencia que impide reducir la creación freudiana a los cánones del positivismo no expulsa al psicoanálisis de la posibilidad de edificar un nuevo conocimiento, e incluso fuerza a una ampliación de lo que se entienda por “ciencia”. Resulta significativo que la negación de la cientificidad del psicoanálisis sea un punto de coincidencia de muchos psicoanalistas con sus actuales enemigos acérrimos —positivistas y religiosos—. La desautorización epistemológica arrastra un desprecio más profundo que se formuló de modos diversos según los prejuicios dominantes de cada contexto histórico. En discusión con los detractores contemporáneos de Freud y sus ideas, Elizabeth Roudinesco recuerda que el psicoanálisis fue acusado de “ciencia judía” por los nazis, “ciencia burguesa” por los stalinistas, “ciencia satánica” por los fundamentalismos religiosos, “ciencia degenerada” por la extrema derecha francesa, y luego “falsa ciencia” por los científicos, o “ciencia fascista” por los revisionistas norteamericanos⁴³. No sorprende que bajo el actual dominio de la ciencia positivista se pretenda excluir al psicoanálisis del vasto y plural conjunto de los saberes válidos. Podrá argumentarse desde el psicoanálisis que la excomunión sufrida por parte de los guardianes del método es una bendición más que un problema; o que más que de una excomunión tenemos que hablar de una



41. Cfr. Sigmund Freud, “Análisis terminable e interminable” (1937), en *Obras completas*, vol. XXIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2006), 249.

42. Didier Anzieu, *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis* (México: Siglo XXI, 2008).

43. Elizabeth Roudinesco, *¿Por qué tanto odio?* (Buenos Aires: Libros del zorzal, 2011), 9-10.

activa retirada emancipatoria. Pero ese movimiento diferenciador que nos libera de las ataduras sacerdotales y desobjetivadoras del positivismo acarrea en parte un fracaso. El rechazo del estatuto científico del psicoanálisis supone la resignación ante la derrota de la batalla semiótica y política por la definición de lo que es y debe ser la ciencia. Nietzsche lo había intuido: aceptar que «La ciencia es algo de segunda categoría, nada último, incondicional, no es objeto de pasión» —[...] es resignarse ante— ¡el juicio genuinamente cristiano acerca de la ciencia!⁴⁴. Como cualquier otra virtud del taller de la moral convencional, la renuncia a la pretensión de científicidad, pretensión indesligable del proyecto freudiano, se encuentra a menudo presentada como una emancipación voluntaria. Niega, en cambio, su costado doloroso: el que se explica por la derrota política frente a aquellos que restringen el conocimiento de un modo ridículo, ya sea a las “proposiciones con sentido”, ya sea a la previsibilidad y el control. El problema que persiste es qué se entiende por “ciencia”. La ausencia de una reflexión profunda sobre este aspecto conduce a multiplicar prejuicios y contradicciones⁴⁵. Desde mucho antes de que ese concepto sufriera el ahorcamiento positivista en el siglo XIX, la palabra “ciencia” significa *conocimiento, saber*⁴⁶. Si se quiere, saber *válido*, por diferencia a una mera opinión. Ese saber al que aspira quien pretenda tocar algo de lo humano es efímero, lo que no le quita valor. Freud enseña que rechazar la construcción científica por falta de garantías últimas acerca de sus resultados es un reclamo de raíces religiosas. En el caso del psicoanálisis, el saber sobre el deseo inconsciente excede la dimensión gnoseológica y tiene una dimensión ética. Esa ética, que más tarde interesará a Lacan, no propone un “hablar con franqueza”, ni vehiculiza ninguna idea de transparencia. Si bien no es un *parresiasta*, porque “todo” no puede ser dicho, el inconsciente es intempestivo pues no comulga con el adagio que pretende que *no toda verdad es adecuada para ser dicha*⁴⁷. Tampoco se trata de una ética de la revolución, pero Freud⁴⁸ subrayaría más tarde que si bien el psicoanálisis no tiene como meta formar positivamente pequeños revolucionarios, quien sea educado por él no se pondrá nunca del lado de la reacción y la represión. De “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica”, aquel trabajo que más de una vez refiere a la exigencia de veracidad y honestidad, se puede extraer que el psicoanálisis es una ética de la “verdad” del deseo inconsciente; no del poder, ni del placer, ni de la felicidad. La ética freudiana sostiene que la verdad es preferible a la huida en la enfermedad —huida del deseo—, aun cuando aquella acarree la muerte.

Esta ética que no augura la felicidad nos devuelve a Nietzsche. Si en este falta una fuerza mortífera positiva como la “pulsión de muerte”, hay algo que en su pensamiento se opone con frecuencia a la vida, y es el saber. El parentesco entre el conocimiento y la muerte se encuentra expresado en el último fragmento de *Aurora*,

44. Nietzsche, *La ciencia jovial [La gaya scienza]*, 123, 217.

45. Recientemente, Roudinesco afirmó, a propósito de su biografía sobre Freud, que: “Freud era un pensador habitado por lo irracional [...]. En mi libro quise demostrar ese contraste permanente. Quiso hacer una ciencia, pero no lo es; es una medicina racional del alma”. ¿Pero no es la medicina una ciencia? ¿No es toda ciencia “racional”, aunque se ocupe de lo “irracional”? Cfr. Luisa Corradini, “Elizabeth Roudinesco: ‘Hay que deconstruir los mitos que rodean al psicoanálisis’”, *La Nación*, noviembre 8, 2015. Disponible en: [http://www.lanacion.com.ar/1843048-biografiaelisabeth-roudinesco-hay-que-deconstruir-los-mitos-que-rodean-el-psicoanaliser \(consultado el 8/11/2015\).](http://www.lanacion.com.ar/1843048-biografiaelisabeth-roudinesco-hay-que-deconstruir-los-mitos-que-rodean-el-psicoanaliser (consultado el 8/11/2015).)

46. Cfr. Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico* (Madrid: Gredos, 2000), 149.

47. Michel Plon, “La primera carita cruzada”, *La verdad. Entre psicoanálisis y filosofía* (Buenos Aires: Nueva visión, 2008), 5-8.

48. Sigmund Freud, “Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis” (1933), en *Obras completas*, vol. XXII (Buenos Aires: Amorrortu, 2006), 1-168.

titulado “*Nosotros, los aeronautas del espíritu*”⁴⁹. El pensador advierte allí que la más poderosa pasión es experimentada por los aventureros como una compulsión que los conduce a la propia aniquilación. Así vincula Nietzsche la pulsión de conocimiento con la pulsión de muerte, y de algún modo anticipa el concepto freudiano, pero con una euforia que falta en el creador del psicoanálisis. La muerte aparece en ambos como una necesidad interna, pero es en Freud una evocación del deseo de un descanso que hasta ese instante se ha logrado postergar, mientras que en Nietzsche lo es de una vida que, como el fuego y el rayo, se consume en una intensa y salvaje iluminación, y *quiere consumarse de ese modo*.

CONFESIONES INVOLUNTARIAS: EL NACIMIENTO DE LA ESCUCHA

No es que nunca hubiera habido introspecciones, como se encuentra en las *Confesiones* de Agustín y de Rousseau, sino que estas se limitaban a afirmar lo sabido que comúnmente decide callarse. La innovación nietzscheo-freudiana consiste en poner al descubierto un saber del que no sabemos que sabemos⁵⁰. Incluso más, puesto que también el saber socialmente valorado puede considerarse “olvidado” en la tradición platónica, en Nietzsche y en Freud se trata de un *saber del que no queremos saber que sabemos*. La atención se fija precisamente en ese *querer no-saber*; el *inmoralista* rastrea en el texto humano las tachaduras y los borrones, las dudas, las cavilaciones, los énfasis; semblantea la vergüenza, la culpa, la angustia, el temor, el olvido, la risa. Reconocerse en las máculas del yo es al mismo tiempo desconocerse: dejar de ser quien se era.

Freud supone que es una inclinación humana tachar de incorrecto algo que no gusta: después es fácil hallar argumentos en su contra. Una vez más, no sorprende encontrar en Nietzsche palabras análogas para poner de relieve una resistencia similar, en la que habla el narcisismo y no la verdad: “‘Me desagrada’ — ¿Por qué? — ‘No estoy a su altura.’ — ¿Ha respondido así alguna vez un hombre?”⁵¹. Se entiende por qué la fundación de una nueva escucha va más allá de la consciencia y más allá de la distinción convencional entre bien y mal. Es tan radical que Nietzsche y Freud parecen escribir, como asume Foucault⁵², incluso contra la condición humana tal como la suponíamos hasta entonces.

El reconocimiento y la transformación de lo inconsciente tienen presupuestos comunes. La disposición a pensar en algo que resulta desagradable —o la negativa a hacerlo— no se resuelve con declaraciones conscientes de buenas intenciones. La “dificultad” del psicoanálisis es, por definición, inconsciente⁵³. De la antipatía a veces imperceptible hacia una causa deriva el manifiesto desinterés hacia ella. El psicoanálisis

49. Nietzsche, *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales*, 575, 298-299.

50. Freud escribe: “Yo les digo, en efecto, que es muy posible, y aun muy probable, que el soñante a pesar de todo sepa lo que su sueño significa, sólo que no sabe que lo sabe y por eso cree que no lo sabe”. Sigmund Freud, “Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II)” (1916-1917), en *Obras completas*, vol. XV (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 92.

51. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*, 185, 112.

52. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003).

53. Freud, “Una dificultad del psicoanálisis”, 125-136.

permite comprobar que lo que uno cree y piensa *verdaderamente* querer no es necesariamente lo que desea.

Para combatir el fanatismo no basta con el voluntarismo antidogmático. El nuevo objeto de estudio requiere nuevos métodos para ser captado. Freud entendió en su experiencia clínica que no bastaba con que el analizado comprendiera algo intelectualmente, y por eso valoró la paciencia del analista. El paciente elaboraría poco a poco las comprensiones adquiridas con tanto trabajo, y tantas veces olvidadas. La “asociación libre” fue la estratagema técnica diseñada para burlar la censura y poner de relieve los secretos determinismos psíquicos. Freud le había reconocido a Ferenczi que Ludwig Börne (1786-1837) podría ser efectivamente una influencia que explicara su originalidad terapéutica. En un ensayo que Freud había leído de muy joven, titulado “¿Cómo convertirse en un escritor original?”, Börne estigmatizaba la cobardía que impide pensar y señalaba que “la sinceridad es la fuente de todo genio, y que los hombres serían más inteligentes si fueran más morales”⁵⁴. La indicación que daba a los aprendices era que durante tres días anotaran todo lo que se les viniera a la cabeza, sin falsificación ni hipocresía —esto se convertiría en la regla fundamental del análisis—. Al cabo de tres días se sentirán estupefactos de todos los pensamientos nuevos que han surgido, jamás antes expresados. Freud reconoció después de releer este tratado que se correspondía a cosas que siempre había pensado, y que efectivamente podía ser la fuente de su originalidad.

El combate interminable de las *resistencias* (en sentido estricto) es la condición del desarrollo intelectual librado, en la medida en que esto es posible, de los tortuosos laberintos de las racionalizaciones. Por eso, también en Freud, la búsqueda de la verdad está motivada por la valentía más que por la inteligencia⁵⁵. O, dicho de una manera más precisa que no arrebatase valor al intelecto: la verdad es un tesoro al que se aproxima más el *querer-saber* que no le teme a la muerte.

La nueva escucha de esa verdad enmudecida no promueve el asalto a la razón, ni decreta su impotencia, sino que exige su refundación. “El concepto abstracto *Vernunft* (razón) se retrotrae en sus orígenes en el verbo *vernehmen* (percibir, oír)”⁵⁶: no es casual que a comienzos del siglo XX se dé la aparición de diferentes nuevos modos de escucha, en los casos de Nietzsche-Heidegger (la escucha del Ser), Nietzsche-Freud (la escucha de lo reprimido y de la infancia) y Marx-Freud-Benjamin (la escucha de los oprimidos), todas escuchas filiadas en el combate contra las resistencias. La peculiaridad de la nueva escucha puede captarse en una broma traída a colación para ilustrar la estructura de la verdad en Nietzsche, y que no nos sorprenderá que evoque el núcleo de la búsqueda psicoanalítica: “¿Cómo puedo saber lo que estoy pensando antes de entender lo que estoy diciendo?”⁵⁷.

54. Roland Jaccard, *Freud* (México: Publicaciones Cruz O., 2000), 19-20.

55. Más tarde, Foucault se ha referido precisamente al “coraje de la verdad”. Cfr. Michel Foucault, *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010).

56. Hannah Arendt, *Walter Benjamin; Bertolt Brecht; Hermann Broch; Rosa Luxemburgo* (Barcelona: Anagrama, 1971), 22.

57. Peter Sloterdijk, *El pensador en escena* (Valencia: Pre-textos, 2000), 58-59.

Nietzsche quiere oír los pensamientos silenciosos que dirigen el mundo. Que la escucha es un arte, y no solo una disposición “natural”, es algo que tiene claro cuando se presenta como un “viejo psicólogo y cazador de ratas, ante el cual *tiene que dejar oír su sonido* cabalmente aquello que querría permanecer en silencio [...]”⁵⁸. Nietzsche hurga en el dolor para curarse. Lo que busca es:

[...] *auscultar a los ídolos*... Hay más ídolos que realidades en el mundo: éste es *mi* “mal de ojo” para este mundo, este es también mi “mal de oído”... hacer aquí alguna vez preguntas con el *martillo* y oír acaso, como respuesta, aquel famoso sonido a hueco que habla de entrañas llenas de aire —qué delicia para quien tiene todavía orejas por detrás de las orejas— para mí, viejo psicólogo [...]”⁵⁹

Si Nietzsche ha sido definido como un precursor de Freud en tanto portador de una “tercera oreja”⁶⁰, es porque en su obra había más que intuiciones vagas acerca de los modos de expresión de lo “inconsciente”. La verdad se expresa burlando la resistencia, la censura, la renegación: la moral, y así pone en juego la vida desde la perspectiva del deseo. Hay en Nietzsche, tanto como en Freud, identidad entre verdad y libertad. Así se entiende que en su obra la verdad se deje ver, por ejemplo, en *la risa*, cosa que Freud re-descubriría⁶¹. Zaratustra se ve impelido a enseñar “el buen reír” a los hombres superiores, quienes apenas aprenden el reír, pero no su risa. El profeta del superhombre desprecia a los que no ríen y no bailan: especialmente a los dioses. La risa es iconoclasta, corrosiva, liberadora; disuelve al “espíritu de la pesadez” y convierte a la culpa en motivo de comedia. Por todo ello es un signo de salud. Zaratustra es un *Wahrlacher*⁶²: ríe, mas no incondicionalmente. No ríe ante la tragedia del volatinero, cuando todos los hombres del mercado ríen. En cambio, *ríe, dice, vaticina y baila* verdad. La risa es, en Zaratustra, una de las armas deicidas. No es casual que censurar la risa, levantar sobre ella la amenaza del castigo, haya sido para Nietzsche nada menos que el pecado más grande sobre la Tierra⁶³. Zaratustra es el primer psicólogo: no anuncia el fin de la verdad sino de la idolatría, el *Crepúsculo de los ídolos*, es decir, de la actitud de veneración ante una supuesta “verdad” inhumana e inalcanzable. Para Nietzsche la verdad no es un asunto de “contemplación”, se trata de una aproximación no intelectualista a la verdad, pues esta, sin dejar de ser una idea, es ya una práctica.

¿De qué otro modo se expresa la verdad para Nietzsche? Zaratustra habla del temor del que se adormece porque el suelo falla allí donde comienzan los sueños, pues el sueño tiene la función de anticipar una verdad que parece no poder ser dicha. El profeta se vale del sueño, o el sueño de quien sabe oírlo, para anunciar “el gran Mediodía”⁶⁴ y el eterno retorno. Por ello, Zaratustra no solo *ríe y baila* verdad —como

58. Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, 32.

59. *Ibíd.*

60. Eric Vartzbéd, *La troisième oreille de Nietzsche. Essai sur un précurseur de Freud* (Paris: L'Harmattan, 2003).

61. Sigmund Freud, “El chiste y su relación con lo inconsciente” (1905), en *Obras completas*, vol. VIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003); Sigmund Freud, “El humor” (1927), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 2004), 153-162.

62. Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra* (Madrid: Alianza, 2007), 392.

63. “Del hombre superior”. *Ibíd.*, 389-401.

64. “A mediodía”. *Ibíd.*, 375-378.

se lee en esa obra—, sino también, y esto lo podemos decir y entender solo después de la *Traumdeutung*, el que sueña verdad (*Wahrträumer*). No es azaroso que Thomas Mann⁶⁵ haya escrito que el amor por la verdad entendida como verdad psicológica, amor cuya moralidad se centra en la aceptación *sin resistencia* de la verdad, le llega a Freud de Nietzsche.

La nueva escucha, no del individuo sino de su posicionamiento subjetivo, da lugar a la *transvaloración* —del inmoralista, del sueño— y la elaboración —nuevo posicionamiento subjetivo—. Para Freud, la verdad del deseo inconsciente se da a oír en las manifestaciones fulgurantes de las formaciones del inconsciente: sueños, lapsus, otros actos fallidos, chistes (risa), etc., que el autor de la *Traumdeutung* se encargó de inventariar exhaustivamente para hacer de ese arte nietzscheano una ciencia, una nueva ciencia, la primera *ciencia* posnietzscheana, que poco tiene que ver con la ciencia de los guardianes de la monarquía de un método. Guardianes que, así como persiguieron a la “brujas” y a los “infieltes” hoy se empeñan en editar condenas contra el psicoanálisis en nombre de un ideal igualmente desubjetivador.

BIBLIOGRAFÍA

- ANZIEU, DIDIER. *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*. México: Siglo XXI, 2008.
- ARENDR, HANNAH. *Walter Benjamin; Bertolt Brecht; Hermann Broch; Rosa Luxemburgo*. Barcelona: Anagrama, 1971.
- CANO, GERMÁN. “Descensus ad ínferos. El inicio de la transvaloración de la moral en Aurora”. En Nietzsche, Friedrich. *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.
- COROMINAS, JOAN. *Breve diccionario etimológico*. Madrid: Gredos, 2000.
- CORRADINI, LUISA. “Elizabeth Roudinesco: ‘Hay que deconstruir los mitos que rodean al psicoanálisis’”. *La Nación*. Noviembre 8, 2015. Disponible en: [http://www.lanacion.com.ar/1843048-biografiaelizabeth-roudinesco-hay-que-deconstruir-los-mitos-que-rodean-el-psicoanalisisererererereererererererererererererer \(consultado el 8/11/2015\)](http://www.lanacion.com.ar/1843048-biografiaelizabeth-roudinesco-hay-que-deconstruir-los-mitos-que-rodean-el-psicoanalisisererererereererererererererererererer (consultado el 8/11/2015)).
- DRIVET, LEANDRO. “Freud como Lector de Nietzsche. La Influencia de Nietzsche en la Obra de Freud”. *Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas* 29 (2015): en prensa.
- DRIVET, LEANDRO. “Nietzsche, ¿el primer psicoanalista?”. Artículo en evaluación. Inédito.
- FOUCAULT, MICHEL. *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- FOUCAULT, MICHEL. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “El chiste y su relación con lo inconsciente” (1905). En *Obras completas*. Vol. VIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II)” (1916-1917). En *Obras completas*. Vol. XV. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- FREUD, SIGMUND. “Una dificultad del psicoanálisis” (1917 [1916]). En *Obras completas*. Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
65. Thomas Mann, “Freud y el porvenir”, en *Schopenhauer, Nietzsche, Freud* (Madrid: Alianza, 2000), 168-199.

- FREUD, SIGMUND. "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921). En *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- FREUD, SIGMUND. "El humor" (1927). En *Obras completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- FREUD, SIGMUND. "Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis" (1933). En *Obras completas*. Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- FREUD, SIGMUND. "Análisis terminable e interminable" (1937). En *Obras completas*. Vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- GAY, PETER. *Freud: una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós, 2010.
- HABERMAS, JÜRGEN. *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus, 1990.
- HABERMAS, JÜRGEN. *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus, 1989.
- JACCARD, ROLAND. *Freud*. México: Publicaciones Cruz O., 2000.
- MANN, THOMAS. *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*. Madrid: Alianza, 2000.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. "Sobre verdad y mentira en sentido extramoral". En Piossek Prebisch, Lucía. *El "Filósofo Topo". Sobre Nietzsche y el lenguaje*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras - UNT, 2005.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza, 2007.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alianza, 2007.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Ecce homo. Cómo se llega a ser lo que se es*. Madrid: Alianza, 2003.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *El anticristo*. Madrid: Alianza, 2008.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *El nacimiento de la tragedia, o Grecia y el pesimismo*. Madrid: Alianza, 1994.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Fragmentos póstumos (1875-1882)*. Vol. II. Madrid: Tecnos, 2008.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Humano, demasiado humano I y II*. Madrid: Akal, 2007.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *La ciencia jovial [La gaya scienza]*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*. México: Alianza, 1992.
- PLON, MICHEL. *La verdad. Entre psicoanálisis y filosofía*. Buenos Aires: Nueva visión, 2008.
- ROBERT, MARTHE. *Acerca de Kafka. Acerca de Freud*. Barcelona: Anagrama, 1980.
- ROUDINESCO, ELIZABETH. *¿Por qué tanto odio?* Buenos Aires: Libros del zorzal, 2011.
- SAFRANSKI, RÜDIGER. *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*. Barcelona: Tusquets, 2009.
- SLOTERDIJK, PETER. *El pensador en escena*. Valencia: Pre-textos, 2000.
- STRAUSS, LEO. "Apuntes sobre *Más allá del bien y del mal*". *Cuaderno Gris. Época III* 5 (2001): 73-89.
- VARTZBED, ÉRIC. *La troisième oreille de Nietzsche. Essai sur un précurseur de Freud*. Paris: L'Harmattan, 2003.

